



COTIDIANEIDAD POPULAR PORTEÑA Y ESPIONAJE IMPERIAL DECIMONÓNICO. RELATO DE A BORDO DE UN VALPARAÍSO ENCUBIERTO¹

POPULAR EVERYDAY LIFE OF THE PORT AND NINETEENTH-CENTURY IMPERIAL ESPIONAGE. ON BOARD TALE OF AN UNDERCOVER VALPARAÍSO

Dr. Marco Chandía Araya*

Universidad de São Paulo

São Paulo – Brasil

marcochandia@gmail.com

FECHA DE RECEPCIÓN: 23 agosto 2013 – **FECHA DE ACEPTACIÓN:** 30 septiembre 2013

RESUMEN: El mundo de la vida cotidiana de una ciudad-puerto como Valparaíso permite constituir a través de los imaginarios que le han plasmado en el transcurso de su historia moderna una *poética de la frontera*. El relato de viaje del explorador europeo posindependentista aporta con un inicial registro escritural en el que deviene una primera impresión que pese a su evidente sesgo hegemónico, pintoresquista y excluyente, resulta trascendental en la edificación de esta *poética*. Esto tanto porque responde a un inaugural momento discursivo ante el conflicto social de la nación emergente como porque deja entrever el valioso capital cultural de este universo históricamente invisibilizado por la versión occidental.

PALABRAS CLAVES: Expansionismo Europeo – Zona de Contacto – Imaginario Porteño – Valparaíso

ABSTRACT: The everyday life of a port city like Valparaíso allows building, through the collective imaginaries that have been embodied in its modern history, a *poetic of the border*. The journey tale of the post-independence European explorer provides an initial registry of writing that becomes a first impression. Despite its evident hegemonic slant (picturesque style and exclusive), the mentioned tale is significant in the building of this *poetic* because it responds to an inaugural discursive moment in the context of the social conflicts of the emerging nation and also because it suggests the valuable cultural capital of this universe that was historically made invisible by the Occidental version.

KEY WORDS: European Expansionism – Contact Zone – Imaginary of the Port City – Valparaíso

Cuenta la historia que hace quinientos años, el explorador, gobernante y conquistador español, Vasco Núñez de Balboa, asentado en Santa María la Antigua de Darién, oyó por primera vez de que más al sur habría otro mar, un mar donde –según reza la leyenda acuñada por los indígenas de esta comarca caribeña– sus habitantes eran tan ricos como el oro que poseían. Oído esto, Balboa emprende, a través del Istmo de Panamá, la más reveladora travesía que llegará a ser, sin duda, después de la hazaña de Colón, el hecho más importante de la conquista. De este modo se escribe el primer avistamiento del Mar del Sur, de las aguas del hasta entonces desconocido Océano

* **Correspondencia:** Marco Chandía Araya. Av. Nossa Senhora da Asunção 1336 Ap 11, São Paulo, Brasil.

Resultado Trabajo Postdoctoral: Postdoctorado en Teoría Literaria y Literatura Comparada. Universidad de São Paulo, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas, São Paulo, Brasil.

Pacífico. Con este hallazgo de Balboa, se abre así otro capítulo dentro de la empresa expansionista europea. Se ensancha el área incorporando todo un mundo que será revelador tanto para la historia del descubrimiento y la conquista española cuanto para las culturas que habitaban estas costas, las que, por cierto, poco o ningún oro tendrían. No al menos como lo reseñaban los relatos prehispanicos y como lo esperaban el explorador y su gente. De aquí entonces surge la primera imagen sobre la realidad sociocultural de este espacio, la que vendrá siendo plasmada a lo largo de los siglos, por viajeros y expedicionarios, en testimonios, cartas y crónicas del imaginario del Nuevo Mundo. Un corpus donde quedan inscritas las descripciones impresionistas iniciales del otro mar, del Mar del Sur. Al que pertenecemos.

Un extenso y rico material da testimonio de ello². Se trata en general de escritos cuya función era establecer relaciones de servicio, o sea, dar cuenta sobre lo visto y lo vivido en tierras descubiertas³. En este contexto, vale destacar también el valioso aporte que hizo tanto la vieja y sobre todo la nueva novela histórica, género que deconstruyó el discurso y la visión canónicos que regía sobre el momento inicial, el primer contacto, el origen del encuentro/desencuentro entre Occidente y América.

Sin embargo, no es éste el tema del presente artículo. Pese a su innegable atractivo, no es por aquí donde conseguiríamos develar el imaginario de una posible poética de la frontera urbana, porteña y popular del Pacífico sur que intentamos constituir. Las razones son varias y todas tienen que ver tanto con el referente como con el discurso de enunciación. No hay, en este primer contacto, una relación entre texto y referente más allá de lo estrictamente funcional e instrumental. Esta relación más cercana se produce en textos posteriores y en los primeros escritores criollos. Cuando la literatura se 'espacializa', se torna espacial, a partir del siglo XVII, sumando a esa nueva actitud frente al paisaje las impresiones subjetivas que provocan la vida circundante, el entorno. "Hasta entonces 'la crónica' había captado lo sucedido en el tiempo, la experiencia temporal, lo que acaecía en esa deslumbrante gesta de la conquista del Nuevo Mundo". Sucede entonces que comienza a dominar la reflexión sobre la realidad circundante y no tanto sobre el "suceso"⁴. Pero, como vemos, una transformación que se comienza a dar recién desde el siglo XVII en adelante, con una generación de escritores de un nuevo ciclo "espacial", viajeros que ya no sólo narran como cronistas sino también describen sus propias apreciaciones. Esto es que describen bajo el concepto de viaje y no ya de crónica.

Digamos que desde estas obras, del 1600 al 1800, se produce toda una transformación en la literatura colonial que va a estar dada entre la crónica de Indias y una nueva sensibilidad, a partir del viaje de Alejandro de Humboldt, como una segunda colonización pero con caracteres completamente distintos a la primera. Dos siglos resumibles dentro de un relato que va a atender no sólo la circunstancia temporal sino también la espacial. Escritores que van a ensayar una nueva forma de escribir a través, por ejemplo, de la presentación de escenarios, costumbres y situaciones humanas y sociales, "superando el mero relato de sucesos y acaeceres personales dominantes entre los anteriores cronistas". Pareciera que se empapan ya del espíritu de época, atienden al suceder y a lo acontecido, "es un viajero que muestra una visión más reposada y enriquecida por las variadas facetas del marco geográfico"⁵.

De esta forma, a partir de la incorporación de otros motivos artísticos, la literatura de viaje se verá aún más enriquecida, adquiere solvencia y atractivo estético y afirma su autonomía de género histórico-literario. Como señala Núñez, guiados por la curiosidad y el interés, los viajeros europeos no españoles empiezan a recorrer tierras americanas a partir del siglo XVIII, que es cuando ya se advierte suficientemente deslindado el género de viajes". Al ser un escritor viajero, atenderá la realidad física y tangible más que a lo suyo propio, contiene un testimonio del entorno, mientras que la crónica de antaño es testimonio pero del suceder o del devenir histórico⁶. Ya no se narra sobre sucesos bélicos y hazañas gallardas, ahora prima la experiencia viajera, que sin ser aún la del marinero es la de los panoramas⁷. Estudiarán estos viajeros aquello que se mueve, y lo harán bajo otra óptica, otro interés, otra estética. Un examen imbuido por la Ilustración, la exactitud, la ciencia, el análisis exhaustivo y la especulación capital.

Todo lo cual, entonces, permite establecer una distancia entre ese primer momento escritural y el que vendrá a darse en los albores del 1800, tanto porque coincide con la primera expedición de Humboldt hacia América del Sur como porque, y esto es clave, el escenario está ya tensionado por los primeros influjos modernizadores, representados principalmente por las incipientes tendencias independentista y la consecuente conformación de los Estados-nacionales. Esta realidad será el espacio sociocultural latinoamericano desde donde emergerá un imaginario capaz de conformar una poética. Pero no sólo porque el referente ha adquirido –o estaba recién haciéndose de– un carácter identitario propio, sino también porque la literatura comienza a armarse de herramientas que le permitirán una relación más iluminadora respecto al referente y en consecuencia hará que la imaginación aumente los valores de esa realidad.⁸

Estos escenarios, así, adquieren un sentido distinto, en base a la refundación de una nueva mirada a cargo de la oleada expansionista que miró y registró a sus habitantes, los viajados. En este orden de situaciones, se halla esta extensa literatura de viaje, registrada en diarios, memorias, crónicas, tratados. Digamos que los géneros se repiten en otras naciones, y esto porque suele usarse esta zona del Pacífico sur último como un puro referente, pero que, en el contexto del albor posindependentista que envolvía a nuestras naciones, en los relatos irán quedando plasmadas claras diferencias entre lo bárbaro y lo civilizado. El viaje de lado a lado, siendo uno y el mismo recorrido, hace sin embargo que el ojo imperial con el que se mira, le impregne todo tipo de comparaciones. En las descripciones de las formas de habitar el espacio porteño, el prejuicio occidental establecerá claras distinciones entre aquellos que pueden ya ser parte del mundo civilizado y los que siguen aún inmersos en su apremiante salvajismo. Esto será esencial en la mirada de a bordo porque en los relatos, siempre descriptivos y llenos de colorido, quedará latente, en esa mirada encubierta, propia de la visión expansionista, el afán que moverá a estos nuevos visitantes europeos, que no es otro que el de expandir el capital a escala mundial. Pero también, y de aquí nuestras mejores utilidades, en estos relatos sobre las costumbres locales, se va dando cuenta de la existencia de un mundo otro, que en su modo de usar el espacio costero, en su modo de habitarlo, permite configurar una cultura popular, una cosmovisión alternativa que ya no es la indígena pura ni tampoco un pueblo de blancos civilizados. Es decir, en otros términos, por debajo de este reprochable prejuicio eurocéntrico se nos brinda el primer bosquejo de una sociedad marcadamente heterogénea que habita estos puertos, imagen representativa de la primera transculturación latinoamericana⁹. La nuestra es una lectura sobre un discurso indirecto que apunta a recuperar eso que va quedando, el mundo de la vida cotidiana de estos sujetos, y que en su

conjunto va a constituir este universo sociocultural de carácter urbano, porteño y popular¹⁰. Como los episodios que apunta en su diario Mary Graham desde que llega y se asienta en una casa que alquila en el entonces, y todavía actual, sector el Almendral, de Valparaíso. De las costumbres de la sociedad porteña, una de las primeras cosas que le llama la atención es el consumo del mate. Escribe el 10 de mayo de 1822: “Este es el gran lujo de los chilenos, tanto hombres como mujeres. Lo primero en la mañana, es el mate; lo primero después de la siesta de la tarde, es también el mate. Todavía no lo he probado, y me halaga muy poco la idea de usar el mismo tubo del que se han servido una docena de persona [dos meses después, el 8 de junio, dice:] Fui a hacerle una visita a la esposa del propietario de mi casa, que me tenía muy convidada a ir a tomar mate con ella, pero hasta hoy me lo impedía el temor de tener que usar la bombilla, o tubo que sirve para chupar el mate y que pasa por boca de toda la concurrencia. Me resolví, sin embargo a desechar esta preocupación [...] Una de las amigas de la señora bajó entonces del estrado y se sentó en el borde de la plataforma, delante de un ancho brasero con carbones encendidos, en el cual había una tetera de cobre llena de agua hirviendo. Se le pasaron los útiles necesarios, empezó por cebar la taza con los ingredientes acostumbrados, vertió sobre ellos el agua hirviendo, se llevó la bombilla a los labios y después de chupar el mate me lo ofreció a mí; pasó largo rato antes de que pudiese decidirme a probar el hirviente brebaje, que si bien es más áspero que el té, me pareció muy agradable. En cuanto concluí mi taza, volviéronla a llenar al instante y se la pasaron a otra persona, y de esta manera se siguió hasta que todos se hubieron servido: dos tazas con sus bombillas circularon entre toda la concurrencia”¹¹.

Otro que también se refiere a este hábito del consumo de la yerba del Paraguay, es el capitán Longeville Vowell. Pese a que en su libro son escasas las referencias a las costumbres locales, puesto que lo suyo es narrar la hazaña del Pacífico, de las revueltas independentistas, igual deja ver algunos retazos de vida cotidiana. Refiriendo al mate, primero hace una observación bastante particular sobre nuestra sociedad.

En verdad que en cualquiera nación de Sud-América la conversación con las mujeres es con mucho preferible a la de los hombres. Últimamente, algunas familias que se preciaban de seguir los modales ingleses han comenzado a dar reuniones para tomar el té, pero pasarán muchos años todavía antes de que abandonen por completo el uso del mate y de la bombilla [...] El mate circula de mano en mano entre todos los presentes, y no es raro que el criado negro que los presenta, lo pruebe primero para ver si está bastante dulce, antes de ofrecerlo. La infusión se toma siempre tan caliente que hace daño a la dentadura, pero se considera altamente impolítico dejar que se enfríe¹².

Lo primero que hay que destacar aquí tiene que ver con el plano discursivo y la efectividad que tiene este en la construcción de un mundo no antes descrito. A medida que los observadores van dando cuenta de la realidad, irán al mismo tiempo construyendo una idea de ella, la van dejando inscrita a través de un lenguaje que ciertamente no es el de sus habitantes. La narración descriptiva y detallista de los sucesos, al nombrarlos desde un lenguaje universal (originalmente en inglés), los reducen a simples hechos típicos, como si fuera todo un accionar mecánico y previamente planificado, y por lo mismo situándolos en un plano distinto al real y concreto en que se desarrollan. Les sustraen de toda espontaneidad y naturalidad propias de estos actos insertos en los hábitos de esta sociedad. Al usar términos como ‘infusión’ o ‘hirviente brebaje’, como definición conceptual unívoca, universalizan cada elemento y de este modo ejercen un dominio sobre las cosas y los

acontecimientos. Graham además le adhiere la cualidad de ser el 'gran lujo de los chilenos', luego el proceso completo en que se van nombrado cada una de los pasos: bajar al 'estrado' y sentarse al borde de la 'plataforma', se le pasan los 'útiles necesarios', etc., demuestran esa brecha que hay entre el lenguaje escrito y la oralidad y los sucesos, aún más acentuados en este tipo de relatos tan puntillistas. Lo cierto es que, primero, queda la inquietud de que si en verdad estas gentes conciben o no el mate como un brebaje lujoso (en el sentido amplio), cuando es parte de su cotidianeidad. Luego, todo el protocolo en que se halla el 'estrado' y la 'plataforma', también queda, de un lado, la inscripción de simples cosas a términos léxicos precisos, y de otro, a un hábito que pierde el carácter de ritual para convertirse, bajo la lógica occidental de quien ve y describe, en una empresa cuyo fin pareciera no ser el proceso sino el producto: tomar el brebaje. Podemos extender esto y asumir que desde la lógica capital el proceso efectivamente se invisibiliza, queda obnubilado ante la presencia del producto, producto que no existe sin el proceso, proceso que no es otra cosa que la participación manual del hombre... su historia. Todos, aquí, son partes del mismo hecho. Un asunto que se inicia en la invitación hecha a la inglesa –y a la que no accederá sino después de dos meses- y cuyo sentido pleno se alcanza en el momento mismo de la reunión: la charla trivial de mujeres distendidas, hasta el consumo último del mate. Una charla que, como señala el marinero inglés, resulta más grata con mujeres que con hombres. Habría varias hipótesis a este respecto. Se nos ocurre por ahora el diálogo, por lo general, más abierto el de las mujeres, en comparación con uno más receloso, el de los hombres, sobre todo frente a un oficial de la Real Marina Inglesa. Con todo, estos breves episodios dan valiosas pistas para descifrar no sólo la mirada extranjera sino también la forma de ser de esta sociedad porteña y su cultura.

Tema aparte es lo que hemos enfatizado de estas citas. Para decirlo en breve, cuando Mary Graham se rehúsa a aceptar la invitación, por parecerle extraño y poco saludable el hecho de compartir la misma bombilla, lo que quiere destacar es que hay otro modo de hacerlo, o, mejor dicho, no es este el modo de hacerlo, existe una forma, la civilizada, que sin duda evitaría infecciones y no atentaría contra la privacidad y el pudor individual. Más a ella que Longeville Vowell, quien parece asumirlo con naturalidad no ausente del reparo del 'criado negro' quien lo 'prueba primero', a modo de conejillo de indias, pero no para medir, curiosamente, su calor sino su dulzura. Siendo que su principal preocupación no es la del criado y ni siquiera que el calor del mate pone en juego la dentadura, sino lo impolítico que significa salirse de la norma ahí impuesta: beber todos a un mismo ritmo que impida el enfriamiento del brebaje. Eso parece ser lo que más preocupa al inglés: quedar bien, la actitud políticamente correcta propia de un civilizado ante otros que apenas lo están siendo, y si es que lo llegan a ser. Y que de serlo, lo serán en la medida que 'abandonen por completo el uso del mate y de la bombilla', para que eventualmente adopten el del uso del té. Ambos productos de consumo masivo representan cada uno un estadio, y el paso de uno a otro significará el salto de la barbarie a la civilización. Pero no por sí mismo, o sea, por el producto en tanto mate o té, sino en cuanto al modo de consumirlo. Uno es colectivo y comunitario, el otro, particular e individual. Nos damos cuenta con esto que la lógica global de mercado se viene dando de mucho antes que se instale institucionalmente, estos sutiles e incluso bienintencionados comentarios van promoviendo, desde el plano doméstico y cotidiano mismo, las claves con que operará el capital años después. Son, en efecto, misioneros de otra conquista.

Entonces, volviendo al inglés, en este acto de acatar, está dando una muestra y una enseñanza de civilización, que estaría dada en no salirse de la norma impuesta, de un hecho

homogéneo. Son sujetos que promoverán siempre el orden de lo político, no de lo diferente sino de lo uniforme. Por último, digamos que todo esto responde a un propósito que no es para nada casual. Como dice Jean Franco, estos episodios al “encarnar el progreso de un modo explícito, es obviamente importante que su superioridad aparezca como natural”¹³. Pese a que el estudio de Franco se centra en la zona atlántica y andina argentina, permite percibir claras semejanzas con lo que aquí señalamos. Haciendo una comparación entre unos y otros, señala: “los gauchos los superan en los trabajos propios de la pampa, pero el viajero, fácilmente, se nota la ventaja en cuanto a modales, pues él es el que establece la norma por medio de la cual son juzgados los ‘bárbaros’. Más aún, él tiene la ventaja de ser el observador, una posición que es importante que no abandone demasiado rápido, para volverse un participante”¹⁴. Quizá por esta razón –prosigue Franco- John Miers gustaba de apartarse físicamente de otros viajeros y hasta de su gente. “Y como representante de una cultura individualista, rechazaba la chupada comunal de mate, con particular vehemencia”¹⁵.

Pero lo que en verdad nos dejan, por lo bajo, estos valiosos registros, es que hay allí un sentido de colectividad, comunitarismo y adhesión intrínsecos de una sociedad que, precisamente por eso, por distribuir así el mate (y la comida y la pesca y el alcohol y la salud y el cuidado de los niños y las dichas y las desdichas, así como el respeto mutuo en los espacios de esparcimiento: integradores, amables, cotidianos y carentes de gravedad), ha logrado mantener viva una cultura que se resiste pero que también propone otro modo de llevar la vida. Esta ha sido la fórmula o la táctica de pervivencia de una sociedad que se autoconstruye desde adentro¹⁶. Este ofrecimiento, limpio y claro, no está, por cierto, expresamente dicho en la literatura de a bordo, no está directamente expresado, y acaso sugerido, en los episodios narrados de estos ingleses, franceses, alemanes, más que de soslayo, porque lo suyo es describir para criticar, corregir, ayudar en el último impulso para que estas naciones en ciernes logren, por fin, el anhelado progreso y de paso, o conjuntamente, cumplir sus particulares propósitos que no son sino lucrativos. Aquí el germen de los acaudalados europeos que han hecho su fortuna en este clima posthumboltiano.

Para este primer repertorio discursivo vamos a recoger este concepto, según la cual los viajeros del siglo XIX, en el proceso de expansión capitalista europeo, habrían hecho suya la imagen que reinventa Humboldt de América del Sur a partir de sus viajes y escritos a la región a inicios del ochocientos. Con la apertura del capital a escala mundial, reconstruye una imagen ideológica de América. La hazaña de Humboldt tiene una envergadura épica cuyo rasgo esencial es la creación. Su viaje es la creación de un nuevo relato. Inventa, o reinventa, una nueva América, la que la elite justamente requería para reafirmar su identidad¹⁷. Para M. P. Daniello, lo relevante es saber cómo el alemán se posiciona ante el imaginario hasta entonces existente acerca de América. Luego de un proceso dialógico, logra crear una renovada y potente imagen de este espacio que se instalará como referente obligado para el nuevo imaginario que iba a reconstruirse posteriormente. Uno de estos cambios tiene que ver con rebatir aquella idea clásica colombina sobre una naturaleza exuberante habitada por un “buen salvaje”¹⁸. A partir de la idea de Naturaleza salvaje y gigantesca, Humboldt reinventa esta América, en primer lugar, y sobre todo, como naturaleza. “No la naturaleza accesible, recolectable, reconocible, categorizable de los linneanos, sino una naturaleza impresionante, extraordinaria, un espectáculo capaz de sobrecoger la comprensión y el conocimiento humanos”¹⁹. Porque no es naturaleza muerta; es naturaleza viva: “dotada de fuerzas vitales”²⁰.

Estamos entonces frente a una concepción de naturaleza nueva, primordial, intemporal y no reclamada, una naturaleza que, como tal, oculta un insospechado poder frente al ojo humano. El hombre no es capaz de comprenderla, al revés, se ve disminuido y cercado ante ella, porque posee un ser, una entidad que despertará las pasiones y desafiará los poderes de la percepción²¹. Es una naturaleza –como dice Daniello- que es “vista por sí misma”²². Su exuberancia, salvajismo y fertilidad le hacen huidiza y en consecuencia todavía imposible de ser sometida por la mano del hombre. Un hombre tranquilo y triste, como indiferente al trabajo, incluso poco curioso²³. Es decir, un hombre inmerso aún, desde este principio racional, en ese estado de postración que le impide progresar, develar el misterio, las fuerzas ocultas que envuelven a la naturaleza para dominarla.

De este modo entonces, y bajo esta renovada concepción del espacio natural, los resultados de los exámenes de Humboldt van a operar en las décadas inmediatamente posteriores a las proclamas independentistas, como un redescubrimiento que resaltarán las potencialidades económicas que el dueño de casa no ha sido capaz de explotar²⁴. Lo que de cierta forma legítima toda intervención europea posterior, desde las civilizatorias hasta las puramente capitalistas. El viaje de Humboldt abre, así, las puertas para que las oleadas intervencionistas intenten someter y explotar la realidad americana. “Pisándole los talones a Humboldt, una multitud de viajeros europeos bajó a América del Sur”²⁵. Sirve de base este esfuerzo reinterpretativo suyo para la llegada extranjera que, avivada por un cientificismo propio de época, ingresará en este oportunismo comercial sin precedentes. Si bien América había sido descubierta se mantuvo hasta entonces desconocida. Esa era la tónica que azuzó a estas gentes representativas de toda la sociedad europea. Pero no sólo la revelación humboldtiana atrajo a este nuevo viajero: sin duda las revoluciones y la escalada del capital, aunque en cierta forma no se avinieron en un principio con los valores básicos del germano, en su condición de hombre ciencias, de un sujeto apasionado por la estética, en fin, un humanista y no un mercader o mercenario, ayudaron no obstante a impulsar esta transformadora inmigración euroimperialista. Digamos que aunque no estaba en su intención, sus resultados terminaron siendo muy auspiciosos para unos pocos y, es cierto, muy enriquecedores para el mundo científico, centrado principalmente en este territorio americano. A decir verdad, la pasión científica y estética del alemán, aunque rivaliza –como dice Pratt- con los intereses capitales de estos nuevos viajeros, no es por eso menos cierto que en su reinención funda una nueva “zona de contacto”, que la ambición mercantil de estos aventureros aprovechará para explotar la riqueza de una naturaleza todavía primigenia²⁶.

Es así entonces como aparece, de 1820 en adelante, una oleada de viajeros que reinventan una América, la suya, y no la de Humboldt ni la de los criollos, con la que legitimarán el viaje y lo plasmarán en un corpus literario distinto al entonces visto. Pratt distingue de estos viajeros y exploradores dos grupos y en consecuencia dos discursos. Al primero le llama la “vanguardia capitalista”, ingleses en su mayoría, que veían el viaje como “alegoría del ansia del progreso”. En este primer grupo, el relato colonial, que resaltaba lo edénico y pastoril de las Américas, será reemplazado por una visión modernizante y codiciosa sobre el espacio, aquello que Pratt denomina la “ensoñación industrial”²⁷. “Mi presencia en la ciudad causó sensación, pues reinaba una agitación febril debido a las noticias llegadas sobre nuevas y riquísimas minas argentíferas descubiertas. Apenas cinco meses antes me había dirigido a Copiapó con sólo 200 pesos en el bolsillo, y ahora regresaba millonario, según la opinión de los demás”²⁸. En tanto que al segundo le denomina las “exploradoras sociales”²⁹, mujeres, que dueñas de un cierto temple filantrópico y etnográfico,

estaban menos interesadas en hacer riqueza que en inmiscuirse en la vida social y política de estas nuevas repúblicas. Graham, refiriéndose a unos cónsules americanos en Valparaíso, dice: “En una palabra, sólo puedo considerarlos como aventureros cuyo único objetivo ha sido acumular fortunas en estas ricas provincias, sin tener la filantropía ni las caballerosas finalidades que han acompañado a las expectativas de ventajas personales de muchos de sus compañeros de labor en la gran lucha por la independencia”³⁰.

Aunque el patrón es el mismo, o sea, la intervención imperial del capitalismo mundial, Pratt distingue claras diferencias entre uno y otro grupo. Diferencias que por cierto la misma Mrs. Graham se preocupa de dejar claras. Hay en estas mujeres burguesas un nuevo perfil que esbozan en su literatura de viaje, es otra cara de lo que la crítica canadiense llama la “reinención de América”³¹. Podemos señalar que un rasgo importante que separa a éstas de los capitalistas, es la relación y contacto directo que mantienen con la sociedad de base, lo que permite, evidentemente, dar cuenta de manera más explícita del mundo de vida cotidiana que se iba fraguando al albor de las repúblicas. Vemos que a través de sus ojos imperiales van develándose (como el pasaje del mate) los espacios privados, los interiores de las casas y, con ello, los modos de habitar con que estos hombres, mujeres y niños iban construyendo su identidad, todo esto, claro, oblicuamente, porque no estaba en su ánimo, ni mucho menos, construir una imagen justa de las sociedades esquivas al desarrollo que ellas mismas representaban y promovían. Para ellas, “la identidad en la zona de contacto reside en su sentido de independencia personal, propiedad y autoridad social, y no en la erudición científica, la supervivencia o las aventuras”³².

Por eso quizá otro rasgo particular de estas visitadoras sociales decimonónicas es que son testigos predilectos de los dramas políticos que marcaban el convulsionado escenario posindependentista, y no porque los explotadores capitalistas, al estar inmersos en sus asuntos de negocios, no los vieran (muchas de sus relaciones las mantenían con agentes políticos, como con Portales, por ejemplo), sino por sus propios intereses, por su formación intelectual, o porque, simplemente, venían a eso, a ver, como veedores o garantes, el desarrollo político latinoamericano interno. Las observaciones de Graham sobre San Martín hablan por sí solas³³. Esto porque, como mujeres, en el contexto criollo-machista, y sin ser comparsa de sus maridos, logran entrar al mundo político concediéndoseles ciertas libertades que al hombre le estaban algo vetadas. Es que tampoco hablamos de cualquier mujer o esposa, estamos frente a Mary Graham y Flora Tristán, las figuras más relevantes que forman este segundo grupo de escritoras-exploradoras de viaje.

Para el primer grupo, ya no importa, como decíamos, colonizar y evangelizar sobre un territorio idílico en consonancia con su salvaje habitante, ahora las cosas estaban dadas para la explotación. Había que meter mano sobre una naturaleza que había dejado de ser impenetrable o a la que se le debía dejar de ver desde una mirada contemplativa o estética. De la misión evangelizadora se pasa a la misión civilizadora. La figura, primero, de clérigo, y después, de científico humboldtiano, son reemplazadas por la del ingeniero en minas, el agrimensor contratado por una compañía inglesa, el accionista. Casi con el mismo convencimiento que tuvo tres siglos atrás el monje, el capitalista asume esa tarea como una necesidad, como un “evento moral e históricamente inevitable”³⁴. Y el primer y principal objetivo de esta tarea épica era el viaje, ya considerado un triunfo en sí mismo, parte necesaria del plan empresarial. Luego vendrá la superación de los inconvenientes. Por cierto, en esta literatura, la sociedad de los viajados es

“codificada como un conjunto de obstáculos logísticos para el avance de los europeos”³⁵. Aunque por lo general la clase aristocrática es elogiada por su hospitalidad, a la sociedad en su conjunto, al revés, se le reprocha su retraso, su indolencia y sobre todo su incapacidad para explotar lo explotable, los recursos naturales.

Por eso entonces que América del Sur pasará a ser el escenario del trabajo y la eficiencia y donde se pondrá a prueba la materialización del progreso, en especial, para este grupo, el progreso industrial. De ahí que se aboquen a modernizar puertos y minas, construir ferrocarriles y carreteras y, particularmente los ingleses, a innovar en el ámbito bursátil, influyendo fuertemente en el desarrollo de las economías locales (sin duda aquí el germen de la hegemonía salitrera del norte grande, la plata del norte chico y el carbón del sur), pero también los bancos, el crédito, la Bolsa. En consecuencia, si para los primeros exploradores su intervención estaba centrada en el sujeto indiano, en redimirlo, colonizarlo, asimilarlo; en éstos su esfuerzo se enfocará en el territorio en tanto tierra explotable. No la naturaleza como hábitat, como un sistema medioambiental, e incluso aquel estéticamente exótico, ese que la sapiencia de Humboldt vindicó, sino, por el contrario, todo eso había desaparecido y en su lugar la mirada espectacular y estetizante de Humboldt reducía ahora la tierra a cerros, en cuyo interior aguardaban minas para ser explotadas, a mares que requerían la construcción de muelles y aduanas para el albergue de vapores de todo el mundo, a campos que había que trazar para instalar líneas férreas y carreteras, y, por último, a ciudades con calles pavimentadas porque ahí iban a comenzar a operar bancos, almacenes, oficinas de créditos hipotecarios, que ayudarán a solventar y movilizaran la empresa que estaba recién llevándose a cabo de manera acelerada³⁶.

Es justamente esto lo que asombra, concretizado ya varias décadas más tarde, sobre la ciudad de Valparaíso, al alemán Paul Treutler. Después de ausentarse un largo período, debido al trabajo minero que lo mantenía ocupado tanto en el norte como en el sur del país, este comerciante anota así su reencuentro con la ciudad, en el año 1863: “¡Qué inmensos progresos había hecho Valparaíso en los últimos años! Se había construido un hermoso muelle de embarque, al lado del cual se levantaba el magnífico edificio de la Bolsa, con las oficinas del capitán de puerto y de los funcionarios de Aduana. En el puerto se habían construido grandes diques; estaban terminados los amplios almacenes de la Aduana. En la Plaza del Orden, que antes estaba rodeada de edificios inaparentes, se encontraban ahora grandes construcciones”³⁷.

La sorpresa de Treutler se da porque la ciudad que había dejado una década antes, cuando bajaba del Phoenix, que lo había traído desde las costas de Hamburgo, ya no era lo misma. Frente a sus ojos se hallaba una imagen distinta del puerto. Sin duda la de una ciudad moderna. Aunque en realidad, una parte importante poco o nada había cambiado, excepto quizá por el crecimiento explosivo de su población (cada vez más mísera, sufriendo y no siendo, en general, favorecida por esta modernización), los cambios, a juicio suyo, afectaban más bien en la planicie, principalmente en torno a la bahía y sus alrededores. En esta reseña vemos cómo, con asombro y admiración, Treutler describe hermosas, magníficas, amplias, excelentes construcciones que le daban a la ciudad un rostro distinto, muy similar acaso a cualquier puerto europeo. En el fondo, lo que Treutler veía en Valparaíso –o mejor dicho, en una parte de él- era lo que en sus años de ausencia no había visto en ninguna otra ciudad chilena: un continuo proceso de transformación hacia una incipiente modernización de expansión y de crecimiento urbanos. Así lo nota también Pérez Rosales en sus

Recuerdos del pasado: “ningún pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaíso ni en la rapidez de su crecimiento ni en su importancia relativa sobre las aguas de los mares occidentales”³⁸. La ciudad-puerto estaba siendo, a ojos vista, la concreción real del ideario planteado décadas atrás a partir del impulso de la vanguardia capitalista.

Dicho esto vamos a poner a la vista una serie de pasajes extraídos de distintos textos sobre la literatura de viaje y de exploraciones que van contribuyendo, a partir de lo que dicen, a crear este primer imaginario de la poética de la frontera. Una primera etapa que por ser de a bordo es distante, pero no lo suficiente como para no poder extraer de ahí una versión, acaso un borroso bosquejo, sesgado y lleno de prejuicios, de cómo este pueblo habitaba los puertos y caletas en las orillas del mar chileno. Para la ocasión, y de acuerdo al aporte de Pratt, en cuanto a los dos grupos de escritores-viajeros, nos parece apropiado separar estas descripciones en base a esta taxonomía que en el fondo apunta a dos miradas distintas, sin prejuicio, claro, que a ratos se topen. Una es exterior, pública, espacial; la otra es íntima, privada, social. La de los vanguardistas configura el imaginario urbano-porteño desde dos momentos, ambos desde afuera, pero uno más distante que otro. El primer momento es el, literalmente, de a bordo, ese que sin bajarse aún del transatlántico plasma la primera imagen de estas costas. El otro es el momento en tierra, cuando el viajero ya ha desembarcado y comienza a mirar el puerto desde el muelle mismo o bien internado en el espacio urbano. Es esta, a diferencia de la primera, una mirada en recorrido, caminando y en cuyo caminar se produce, en varios casos, una inflexión en el relato: muchos viajeros pasan del encantamiento al desengaño, o viceversa. En tierra se contrasta o se reafirma o definitivamente se concretiza la mirada de a bordo que, como tal, será siempre impresionista³⁹. Es pausada, acuciosa y en consecuencia termina siendo la percepción que queda, finalmente, plasmada. Ya no está el ansia de llegar, la inquietud de quien después de meses percibe tierra. En este segundo instante terrenal la impresión primera se materializa y trasciende en el texto. En general, es aquí, en este proceso, en que se describe el proyecto material, la modernización y el progreso tangible.

Ahora bien, en el caso de la segunda mirada, a cargo de las exploradoras sociales, lo que narra lo hace desde adentro, ingresa al mundo familiar, cruza el umbral y se adentra en el hogar, en los espacios de la cotidianeidad. Suceden casos en que esas exploradoras hacen valiosos aportes respecto a la mirada modernizadora y en que, a su vez, los capitalistas también se inmiscuyen en espacios más íntimos. No obstante, en cada momento prima siempre un grupo distinto. Con todo, lo que se obtiene es una versión más integral de la realidad sociocultural al unir el espacio físico con el humano. Son mundos que a veces se avienen y otras contrastan. Esto se da sobre todo en Valparaíso, puerto principal, que siendo moderno, alberga a una población aún al margen de este proceso civilizatorio. Y es aquí donde nos interesa poner el ojo, justamente en estas discrepancias porque son ranuras por donde furtivamente podemos ir viendo el desarrollo autoconstructivo de una cultura urbana, porteña y popular. Para la ocasión, expongamos la primera mirada de a bordo sobre Valparaíso. Casi sin excepción, los relatos sufren una notable inflexión: pasan del encantamiento a la desilusión. Antes de que terminara el día 28 de abril del año 1822, Mary Graham escribe en su libro: “No puedo concebir espectáculo más glorioso que la vista de los Andes, los que divisamos esta mañana, al despuntar el alba, cuando íbamos acercándonos a tierra: como si surgieran del seno del mismo océano, sus cumbres, eternamente nevadas, brillaban con toda la majestad de la luz, mucho antes de que se iluminara la tierra; súbitamente apareció el sol detrás de ellas, y antes de divisar la costa, navegamos todavía algunas horas”⁴⁰.

El relato de la inglesa se antepone a todo discurso de a bordo, que cuando mira lo que percibe es el puerto o la configuración brumosa de la imagen que debe despertar todo acercamiento a un puerto como el de Valparaíso. Graham se detiene antes y lo que ve es el fondo, es decir, la cordillera de los Andes. Su mirada no es el detalle predispuesto sino el extremo opuesto al mar donde navega. Es entonces una mirada de conjunto, panorámica, abarcadora. Absoluta. Encierra en un todo el espacio que trasciende el puerto mismo y los cerros de atrás, y de más atrás, hasta perderse en el contacto incomparable del macizo andino, maravilloso. Entonces, en este pasaje, el puerto es sólo parte de la llanura angosta y cercada, propia de este país. Se confirma, de esta manera, aquello que apuntamos más atrás del puerto, en cuanto espacio fronterizo que abre y cierra, porque ante la inconmensurable sierra nevada no es sino a través de él por donde abrirse (y cerrarse) al mundo. Los Andes representan la pared infranqueable, aquel límite natural que no admite apertura porque es protección, vigilia, defensa pétrea.

Lo cierto es que de estos escritores-viajeros, Graham es la única que repara en la lontananza porque empuja la mirada por sobre el espacio construido, aquel que el ansia de progreso busca hallar sin distracción, con la mirada puesta en el principio y fin del viaje: la materialidad industrial. La inglesa, en cambio, como sin importarle el puerto, se regocija en el espectáculo natural que ofrece al amanecer la cordillera de los Andes centrales. Y es una mirada de este tipo, altiva, que no sólo inaugura sin duda el mejor y más difundido relato de viaje que se haya escrito sobre el Chile posindependentista, y de todas maneras la imagen más despierta del Valparaíso de entonces, toda vez que no hay que olvidar que la recalada del Doris al puerto es casi azarosa⁴¹, sino también, por su enfoque, todavía humboldtiano.

Todo esto permite armar un cuadro bien distinto al de los otros viajeros. De partida su venida no es para hacer riqueza (no olvidemos que es cronista e historiadora, además de interesarse por la pintura y el dibujo), por tanto no es la del viajero ansioso que viene cegado por ese afán materialista; su llegada no es optimista, al contrario, es triste, la de la viuda triste; tal vez por eso también lo de su mirada más espacial y no reducida; mira la cima y no la tierra, la subterránea, donde se halla el mineral. Busca el consuelo en lo trascendente y no en las cosas. Entonces este mismo recobrar fuerzas, que no es más que vivir el duelo, es el estado anímico con el que escribirá su Diario, diario de vida que no llama 'testigo', 'andanza', 'campana', ni siquiera 'viaje' sino residencia. Construye la imagen de esta ciudad en el proceso de recuperación anímico, el que no podrá superar si no es residiendo. Eso va quedando plasmado en sus notas. A un mes de dejar Chile, y después de estar viviendo nueve meses en tierras nacionales, el 1 de enero de 1823, escribe: "Esta bella y fresca mañana me ha despertado a la vida, a la esperanza, a la incertidumbre de que, suceda lo que suceda, este año no puede ser tan funesto como el pasado. No tengo ya nada que perder, y sí, algo que ganar en cada pequeño goce que me depara la suerte"⁴².

Pero no podemos atribuirle todo al garbo de la mujer, de una viajera que ya había visitado la India, Italia, y que luego partiría a recorrer Brasil, también nos parece justo otorgarle una cuota importante de valor al espacio social que la alberga en esas circunstancias. Valparaíso, el puerto y su gente la sanan. Aunque ella no lo diga, nos aventuramos a decir que fueron contactos humanos – como el del mate- los que le ayudaron e hicieron posible que terminara escribiendo lo que acabamos de apuntar. Las relaciones sociales formales, las de carácter oficial, a excepción de Lord Cochrane o

Zanteno, como las de la burguesía local, en general, le parecen aburridas y carentes de atractivos, en cambio las que establece con la sociedad de base, digamos, con el pueblo mismo, son las que más le llaman su atención y por tanto las que más vivamente relata. Por eso su obra resulta esencial para reconstruir la imagen de los habitantes porteños. Por otra parte, esto no sólo la conecta con la sensibilidad humboldtiana en cuanto a entender la naturaleza americana desde la estética de los sublime; también nos ofrece la posibilidad de la mirada espacial íntegra, donde el puerto, la bahía y todo el litoral no se pueden comprender sin el espacio natural que los respalda. Los Andes entonces recobran el valor histórico trascendental que ha tenido para los antiguos pueblos que habitaron el territorio. Y entonces frente a esta milenaria majestuosidad, el valle y la costa, con su puerto de arribo, sus diques, sus dársenas, boyas y puentecitos, aparecen diminutos, quedan reducidos a lo ínfimo e intrascendente, de alguna manera al reflejo fiel que le compete como construcción moderna.

Dijimos que Mrs. Graham es la única que posa la vista allá, al otro lado, en el trasfondo cordillerano, porque el resto, a medida que se acerca, y antes incluso de mirar la bahía, la anhelada bahía, donde más tarde pondrán los pies, lo que ve serán las embarcaciones que adornan el espacio porteño. La impresión es inmediata tanto porque ¡cómo no asombrarse con la variopinta figura de decenas de vapores con sus respectivas banderas!, como porque al extranjero le producía más que asombro seguridad ver barcos de sus naciones y de otras vecinas. Confianza de que el puerto es visitado y que, para tanto desembarco, no debía menos que hallarse frente a una construcción moderna. Es el alivio que produce en el explorador encontrarse con su mundo y así reconocerse universal, y desde ahí reducir al otro, lo desconocido. De este modo, se abre un nuevo microrrelato compuesto por los pasajes que describen esa imagen flotante. La primera, a propósito, la ofrece la misma Mary Graham: “Al largar hoy el ancla, lo primero que vi fue el bergantín chileno Galvarino, que antes fuera [...] británico [...] Hemos encontrado al Blossom, de la armada de Su Majestad [...] Se hallan también aquí los buques de los Estados Unidos, el Franklin y la Constellation⁴³. Otro viajero describe que “La bahía de Valparaíso nunca tenía al ancla menos de sesenta o más buques, aparte de un par de centenares de lanchas y botes de carrera”⁴⁴.

El sitio que largamos primero el ancla [...] se encontraba en la boca misma de la bahía, entre el hermoso buque de línea británico ‘Warspite’ y el buque mexicano ‘Asia’, un par de colosos, al lado de los cuales nuestro ‘Gulnare’ parecía muy poca cosa. En apretadas filas se encontraban más de 80 embarcaciones de todos los desplazamientos frente a nosotros, dedicadas a los múltiples trabajos que transmiten al interior de un puerto marítimo con gran movimiento una imagen atrayente de la actividad humana⁴⁵.

Con todo, podríamos aventurar que entre los años 1820-1825, cuando recién comienza la oleada capitalista, se hallaban en el puerto de Valparaíso en promedio 50 a 80 barcos de varias nacionalidades. Basta conocer, así sea en fotos, la bahía del principal puerto chileno para hacernos de la deslumbrante imagen que causa ver en espacio tan reducido tal cantidad de vapores. Mas, esto es sólo el principio. La verdad comienza en tierra. Aquí se empieza a configurar definitivamente la imagen que para muchos viajeros pasa del asombro a la total decepción. “Nos encontrábamos en la meta de un viaje marítimo ininterrumpido de 110 días, pues estábamos avistando Valparaíso”⁴⁶, escribe Poeppig, quien, a medida que se acerca a la bahía, va pasando curiosamente de una frustración inicial a un paulatino encantamiento, y viceversa. Se lee que “dispuesto el ánimo a descender al jardín siempre verde de América, a una segunda Sicilia, en los colores más brillantes.

Solícitamente la fantasía se apodera de esta engañadora imagen [pues] la ingrata tierra sólo es capaz de alimentar arbustos con ramas leñosas y hojas grises. Las profundas quebradas oscuras que descienden desde la cima de los cerros hasta el mar [y] parecen no contener arroyos alimentadores, ya que sus paredes verticales son aún más desnudas que el resto del paisaje⁴⁷.

Nótese aquí la visión botánica y urbanística que opera. No obstante esta percepción va cambiando a medida que el Baltimore atraca en la bahía. Lo mismo le sucede al capitán inglés Longeville Vowell: “fondeamos en la bahía de Valparaíso hacia fines de junio de 1822 [...] La vista que se ofrece al entrar a bahía de Valparaíso no corresponde de modo alguno al nombre de la ciudad. Los altos cerros de que está rodeada de los costados sud y del oriente, son casi estériles y parecen inadecuados para el cultivo, sin producir otra cosa que pasto oscuro y espinoso [...] Hay numerosas quebradas, que se internan bastante en la montaña y por las cuales descienden corrientes de agua [...] Todas las quebradas están densamente pobladas, especialmente por lavanderas, gremio que abunda notablemente en Valparaíso [...] forman también extensos barrios, que abrigan una población numerosa, en su mayoría la clase baja. Los ranchos o cabañas más pequeños esparcidos en las laderas de los cerros son innumerables⁴⁸.”

Pero todavía más explícitas son las palabras con las que describe Walpone este proceso de ingreso, de desembarco. Los ojos que antes miraron con asombro la cantidad de vapores adornando la hermosa bahía, ahora adquieren, en palabras de este teniente inglés, un tono crítico sin ninguna clase de contemplación. “Hay pocos lugares que produzcan en el recién llegado una impresión tan profunda de fealdad como Valparaíso [...] Después de un largo viaje por mar, cualquiera tierra parece encantadora a los ojos del navegante, pero, en esta ocasión, sus efectos fracasaron [...] La costa forma un anfiteatro que alcanza de 800 a 1.000 pies de altura y que no presenta belleza alguna, ni de forma ni de color⁴⁹.”

Pero si las palabras del oficial inglés, carentes de toda sutileza por el grado de objetividad contra el espacio feo y decepcionante, nos resultan demasiado sinceras para ser ciertas, cuestión que, claro, no está lejos de la verdad, las del marino estadounidense Ruschenberger, no lo hacen nada de mal, aunque, es cierto, termina desmintiendo, o, más bien, morigerando la triste y lamentable realidad por la gracia humana, representada por el baile de la mujer porteña. “Aquellos que durante el viaje al ‘Valle del Paraíso’, habían formado sus conceptos de antemano y creado en la imaginación un retrato del lugar por descripción escrita, sintieron a primera vista hundírseles el corazón de desengaño. ‘¡Este es el famoso valle del Paraíso! ¡Es este el lugar que tantas veces durante nuestro viaje hemos oído elogiar como una escena de placeres!’ exclamaban unos, ‘no tengo la menor gana de bajar a tierra en un sitio de un tal aspecto [...] ¡basta del Pacífico!’ Tales eran las observaciones que hacían aquellos que jamás habían valseado con las hermosas chilenas, ni probado la hospitalidad del país⁵⁰.”

No obstante está además la paradoja del desencanto asociada al nombre que remite inexcusablemente al ideal del Paraíso⁵¹, elemento que, como vemos a partir de la mirada occidental, estaría lejos de serlo. Escribe Farquhar Mathison, viajero inglés: “Valparaíso es un puerto de mar desaseado, formado por pequeñas casas de barro, raras veces de más de un piso, y situado en la ladera de un cerro que baja en declive al mar. El paisaje de los alrededores es árido [...] carece siempre de atractivos. Cómo un nombre que traducido literalmente, significa ‘Valle del Paraíso’, pudo

aplicársele [...]”⁵². Por eso que para Poeppig “De ninguna manera Valparaíso corresponde a las expectativas que se podrían cifrar en atención a lo que parece prometer su bello nombre. El sitio mismo es el menos adecuado para construir una ciudad destinada a concentrar el comercio marítimo de un gran país”⁵³. Cuestión que ratifica un marino ruso: “La estancia en Valparaíso no fue muy larga, pues, a pesar del extravagante nombre ostentado por la ciudad, estoy convencido de que éste sólo puede haber sido dado por personas que todavía sufrían los devastadores efectos de las arenas de Atacama”⁵⁴.

Pero no todo es decepción. Contrario a la visión pesimista por objetiva y prejuiciosa, sin duda, se halla esta, de Antoine Moerenhout, comerciante y viajero francés. “Las cabañas muestran las lacras de la miseria, lo que afecta de una manera penosa la sensibilidad del viajero que viene de Europa y le angustia el corazón. Esta impresión desaparece a medida que se conoce mejor su topografía. Pronto se descubre un tipo de vida agradable, y placentero en el Cerro Alegre, entre los chalets elegantes construidos por los ingleses, a medio camino de la calle principal que serpentea a pie de las quebradas con una doble fila de hermosas construcciones [...] lo que de sobremanera impresiona al desembarcar en Valparaíso es este delicioso paraje, formado por ese gusto pródigo que caracteriza a los ingleses [...] Valparaíso debe ser considerado el puerto más importante del Océano Pacífico y seguramente esto irá en aumento a medida que progresen los reglamentos de aduanas y las facilidades de tránsito”⁵⁵.

En general la crítica se enfoca primero en lo más obvio, aquello que se ve y que, no cabe duda, es lo inmediato: el aspecto físico, la geografía. Centrados los ojos imperiales en las evidentes quebradas y en la aridez de sus tierras. El ambiente que se pinta entonces es parco, poco frondoso, casi desértico y, lo peor, quebrado de lado a lado por pendientes, oscuras zonas que impiden la intromisión del ojo espía⁵⁶. De aquí que se acuda a ellas, para dar cuenta. De pintoresca la quebrada se convierte en ominosa realidad. Escribe Radiguet: “Aun hace pocos años la orgía descarada vociferaba ahí sin temor. Más de un cadáver encontrado en el fondo [...] le había hecho comprender [a la policía] lo que costaba someter esos barrios malditos a la acción de la fuerza pública”⁵⁷. Y luego Walpone, agrega: “Si se sube por estas quebradas y se ven las multitudes que viven en ellas, uno se asombra de oír que Valparaíso contiene 40.000 habitantes. Las casas de este barrio [...] son muy curiosas. Parecen demasiado pequeñas para los mortales de mediana estura [...] Valparaíso es, por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo [...]”⁵⁸.

Pero como siempre, hay excepciones que confirman la regla. Tal es el caso de Bladh: “Aquí se encuentra una región romántica, donde casas y jardines alternan desde el valle profundo hasta el cerro más alto, con una hermosa vista sobre el puerto y el mar [...] lo que dio a este suburbio un aspecto agradable y semi europeo”⁵⁹. Algo similar, pero no desde abajo sino, interesante, desde arriba, porque no llega en barco sino por tierra, desde Santiago, es lo que cuenta Schmidtmeier, por el año 1824. Dice que “Valparaíso queda inmediatamente debajo de los cerros ya descritos y a lo largo de la costa de una de las bahías más grandes y hermosas de Chile”⁶⁰.

En la reconstrucción de este imaginario social, que surge de la inmersión de estos espías extranjeros, y desde donde nosotros vamos armando el primer bosquejo de esta cultura urbana, porteña y popular, saltan a la vista los elementos comparativos que se instalan entre los distintos espacios. El principal está dado entre el estímulo de lo civilizado y el reproche ante el retraso. Desde

el componente étnico, serán los grupos ‘más blancos’ (u homogéneos) quienes estén más cerca del modelo civilizatorio, mientras que las sociedades más diversas y plurales, no sólo están más lejos, sino que lo rehúyen. Valparaíso queda retratado en sus dos formas. Una sociedad propensa a la asimilación foránea y al lujo y otra, vulgar, peligrosa, condenable. Un Valparaíso es el europeizado. “Uno recorre la única calle que conduce al mercado y a ambos lados hay tiendas llenas con los productos de la industria europea [...] Alternan con las grandes bodegas de las casas comerciales británicas de primer rango y con las tabernas de los marineros, de las que salen sonidos que también se podrían escuchar en Londres o Hamburgo”⁶¹. Cuestión con la que concuerdan unos austriacos: “Sus brillantes y espaciosas tiendas en que se pueden satisfacer todos los deseos del lujo, el extranjero se creará fácilmente transportado a una ciudad de la Alemania septentrional. Nada recuerda ahí la patria de los araucanos [...]”⁶². La misma impresión tiene Mrs. Graham. Era esta una ciudad que ofrecía espacios para viajeros como ella. Dice que desde “la apertura del puerto, las tiendas para la venta al detalle de toda clase de artículos europeos, son tan comunes en Valparaíso, como en cualquier ciudad semejante de Inglaterra [...] En ellas se encuentran comúnmente sedas de China, Francia e Italia, telas de algodón de Gran Bretaña; rosarios, amuletos y cristalería de Alemania”⁶³.

De este modo, la elite les resulta hospitalaria, en su forma aristocrática; el resto, o sea, la mayoría, el pueblo, aunque no se muestra hostil, se le achaca su incapacidad frente a la producción. Se desprecian sus deficiencias reduciéndolas a un conjunto de “obstáculos logísticos”⁶⁴ con el cual se legitima toda intervención. Una empresa civilizadora que intenta transformar estos puertos, los menos blanqueados, en un escenario de trabajo y eficiencia. Y todo cuanto no se someta a este principio regido por la lógica del capital es, en consecuencia, un estorbo que se precisa reformar, reprimir o derechamente exterminar. De esta manera, la visión de los viajeros responde al paradigma eurocéntrico, correctivo, y cuando no, en el caso de un Valparaíso, estimulante, “esta joven y próspera nación puede llegar a ser mucho”⁶⁵; o Mrs. Graham, que frente a los buenos modales, señala, “con seguridad estas cualidades les servirán para formar un hermoso pueblo, una nación que llegará a ser algo”⁶⁶. En cualquier caso no dejan de ser miradas superficiales y pintoresquistas respecto a los viajados. Reflejo tanto de la intención como de la incapacidad para dar cuenta de la verdadera y profunda realidad del espacio y su habitante. Pero también hay aquí los estímulos hacia la conformación de una temprana nación; la fórmula político-institucional moderna desde donde se fueron cimentando las bases de una homogeneidad que ha venido sistemáticamente ocultando relaciones de dominación y exclusión.

La heterogeneidad se sanciona. La población y sus hábitos, donde, creemos, queda definitivamente configurada la cosmovisión popular del puerto, está ampliamente difundida en estos textos. Dice un viajero, en 1821, que aparte de los marinos, agentes de comercio y hombres de negocios, el resto de la población está “formada por gentes de clase inferior y de las últimas del pueblo [...] individuos acostumbrados al robo, y hasta asesinos, sin temor a Dios ni a los hombres [...] Su hábitos feroces y su vida vagabunda se han incrementado mucho por el estado de perturbación del país durante la guerra de la revolución”⁶⁷. Por otro lado, J. A. Moerenhout anota que esta gente “Cuando termina el trabajo no piensan sino en divertirse, por lo cual Valparaíso más parece una factoría extranjera que una ciudad chilena, es una especie de zona neutral, torre de babel, donde en la misma casa se escucha a veces conversar en 10 lenguas diversas [...] El pueblo es muy hospitalario y recibe a los extranjeros con gran cariño, atención y un abandono que a veces

parece demasiado fácil [...] Valparaíso es, en verdad, dentro de la república chilena, una pequeña república donde cada cual vive como quiere; sin contradicciones, de una manera más libre que en cualquier país del mundo”⁶⁸.

Pero serán las apreciaciones contra las clases populares donde de verdad se cumple tanto la mirada inquisidora del ojo imperial como el diseño del universo porteño que buscamos reconstruir. Walpone es uno de los viajeros que más crítica al mundo popular, al punto de caer incluso en directas descalificaciones raciales. Se halla en sus Visiones quizá los pasajes más insultantes escritos contra la población pobre de Valparaíso. “Dado el carácter cosmopolita de la población – formados por las escorias de todas las naciones- las calles, hasta hace poco, eran inseguras durante la noche, y algunas eran peligrosas hasta el día. Los asesinatos eran frecuentes y rara vez sancionados [...] Don Diego Portales [...] al ser designado gobernador, procedió con todas sus energías a limpiar estos establos de Augias [...] Valparaíso tiene numerosas casas de diversión de todas las categorías, excepto buenas, algunas se componen meramente de unos postes que soportan toldos erigidos allí en días de fiesta cuando todo el vecindario se reúne para divertirse [...] Entramos a la Chingana, un centro de diversiones nocturnas de la clase baja, muy al estilo de hops en Inglaterra. Vale la pena ver una vez la manera salvaje de beber y las danzas nacionales. La Chingana se efectúa en el patio rodeado de corredores de la casa; hay mesas servidas con chicha, mosto y aguardiente, galletas y pan [...] El baile favorito es la zamacueca [...] La música es lenta y consiste en la constante repetición de un compás. Los versos los supongo muy maliciosos y no podrán ser incluidos aquí [...] Una mujer y un hombre salen a bailar, es decir, cualquier pareja de entre la reunión que desee exhibirse”.

Luego de describir en detalle el baile, pero siempre con ese tono distante y de extrañeza, agrega: “Parece ser una actitud favorita del hombre la de inclinarse hacia adelante, levantando cierta parte del cuerpo como invitando al puntapié; esto y un movimiento horizontal de sus caderas hacen que su acentuación sea más bien vulgar que agradable y graciosa. Sin embargo, el baile de la mujer es diferente y es bonito cuando es bien ejecutado [...] Estos bailes duran hasta la medianoche, sucediéndose una pareja tras la otra, aumentando cada vez más el regocijo y el clamor de los coros. A esas horas el licor ya ha hecho sentir de lleno sus efectos. Los domingos y noches de fiesta son las grandes ocasiones [...] La taberna que frecuentan es generalmente inadecuada para la gente tranquila [...] Los alrededores de Valparaíso están habitados por los residuos de la población. De éstos, los hombres del campo, cuyo oficio los trae a la ciudad, generalmente malgastan sus salarios ganados con tanta dificultad, en el juego, la bebida y toda clase de vicio”⁶⁹.

El recorrido del desembarco que inicia el viajero termina en el contacto con el viajado. Ve revelarse su cuerpo en plenitud. Lo que aporta el último dato para configurar el imaginario del mundo popular. Por una parte, el máximo acercamiento entre estos dos mundos y por tanto una ubicación privilegiada de los ojos imperiales, que ven desde primera fila estas conductas sociales y que al exotizarlas las desprecian; por otra, que en este proceso cercanía/lejanía, las obras no sólo dejan clara la postura jerárquica sobre el mundo porteño-popular, sino que en este acercamiento nos ofrece una imagen de primera mano sobre esta sociedad, de donde adquirimos la primera impresión de una realidad que el discurso escritural hará poético.

En este contexto de vitalidad corporal destacamos dos elementos que establecen una relación recíproca entre el espacio porteño, como lugar habitable, como frontera urbana y las exenciones del cuerpo mismo. Recobra el sentido primitivo para reencontrarse con la materialidad, el suelo, la tierra, y por extensión, con los placeres que produce el baile, la comida y la bebida. El espacio se funde con el cuerpo exaltado. Hombre y puerto constituyen una figura donde no hay recato ni privaciones, puesto que lo que rige no es la racionalidad restrictiva que excluye el cuerpo en tanto animalidad sino la voluntad pura del deseo. Una de estas expresiones se halla, por ejemplo, en la costumbre de dormir al aire libre. Es curioso, pero aparentemente cierto que la gente de las clases populares prefieran pasar la noche en la calle que en sus casas, y aparentemente no por falta de implementos y ni siquiera, lo sabemos, de ahí la curiosidad, del calor que no suele ser como para tanto. Lo cierto es que, como dice Graham, pese a que las casas cuentan con un “sitio de descanso nada despreciable para el marido y la mujer [...] los hombres pasan la mayor parte de la noche durmiendo al aire libre envueltos en sus ponchos como es costumbre en el país”⁷⁰. Poeppig también hará lo suyo, diciendo que “Los campesinos, en quienes la limpieza no es una virtud especial, están obligados a dormir en verano fuera de sus ranchos, y por la misma razón el viajero se cuidará de no levantar su campamento nocturno en el corredor de una casa de campo [...] Sólo el chileno de las clases populares conserva fielmente sus costumbres nacionales. Con alegre bullicio [...] Canta, guitarra en mano, alguna tonada burlona nacional, trotando detrás de la tropilla, con el mejor buen humor. El camino lo conduce frente a una chingana, como se las encuentra en todas partes del arrabal. Y rara vez un chileno de esa clase pasará sin apearse [...] De una naturaleza mucho más brutal, beben pronto, y a menudo la tranquila escena se verá interrumpida por una lucha seria”⁷¹.

Está dicho, además del descampado está la chingana como lugar de encuentro, como espacio de resignificación social⁷², donde se llevarán a cabo las principales manifestaciones del cuerpo, desde comer, beber, bailar hasta, por cierto, las relaciones de tipo sexuales. Julian Mellet, a propósito, escribe que los habitantes del sector el Almendral, en Valparaíso, “No tienen muy buenas costumbres, especialmente las mujeres; con excepción de las de rango distinguido o que han recibido educación, son muy inclinadas a la diversión”⁷³. Pero será Mary Graham, como exploradora social que es, quien aporte más detalles a este respecto, tratando siempre de ser más ecuánime que otros, en especial que los hombres, marinos compatriotas suyos, sobre todo. Relatando una festividad religiosa, narra: “El chileno es alegre y de buen humor [...] Desde luego no sé cómo me hubiera atrevido, de otra manera, a entrar a una venta o negocio de licores, como lo hice hoy [...] Cuando entramos en una sala muy grande, rodeadas de bancos en tres de sus costados y con un brasero en el centro, vi que el cuarto costado había una mesa cubierta de jarros y botellas que contenía licores de variadas clases, rodeados de vasos de diferentes tamaños [...] Algunos parroquianos comenzaron a pedir variados guisos⁷⁴; otros, vino; unos cuantos, refrescos y biscochos, música y cigarros [...] Entonces aparecieron unas cuantas muchachas de buen aspecto que llevaban guitarra y entraron a las salas en que se pedía música. Muy pronto oí cantos y música de baile y entonces con la satisfacción de ver a todos alegres y contentos, me retiré de aquel sitio, persuadida de que el regocijo sería aún mayor en la tarde, y que los bailes que he visto a menudo entre la gente ordinaria en las más bajas tabernas, cuando he pasado en la noche por el Almendral, son los mismos que se ven aquí [en el Barrio puerto]”⁷⁵.

Pero quien parece quedarse a la fiesta es Mellet, porque aporta detalles que Mrs. Graham no conoce, aunque sí sospecha. Digamos que la prudencia inglesa, la decencia de la viuda no

permitieron que estuviera más rato en aquel regocijo indecente y relatara lo que el francés hace. Dice Mellet de lo que pudo haber sucedido al interior de esa chingana horas más tarde, en que se adueña de la fiesta, nada menos que la cueca, la que el viajero describe así: “una danza muy animada y muy lasciva que se baila mucho y se llama lariate (?) [...] Los hombres se colocan frente a frente de las mujeres y los espectadores forman un círculo alrededor de los bailadores y de los tocadores: uno de esos espectadores o de los bailarines canta una canción cuyo estribillo es repetido y seguido de palmoteos de manos; los bailarines entonces con los brazos semilevantados, saltan, giran se mueven para atrás y adelante, se aproximan a dos pies los unos de los otros y retroceden cadenciosamente hasta que el son del instrumento o tono de las voces les advierte que deben acercarse; entonces se golpean el vientre los unos a los otros, tres o cuatros veces seguidas, y se alejan saltando, para hacer los mismos movimientos, con modales muy lascivos e indecentes regulados por el son de los instrumentos: de cuando en cuando entrelazan los brazos, dan varias vueltas, continuándose en golpearse el vientre y dándose besos, pero sin perder la cadencia”⁷⁶.

La ciudad-puerto subpanameña, y chilena en particular, como espacio fronterizo, ha mantenido en su desarrollo histórico y social una relación conflictiva, de encuentro y desencuentro, con la metrópoli. La primera y principal tensión es aquella que mantiene cualquier periferia respecto al centro regido por la Europa occidental, pero también está aquella que sostiene a partir de los procesos modernizadores con respecto al eje rioplatense. Pero hay aun otra, la relación dialéctica local que reproduce todo el conflicto universal, esa que se da entre el centralismo criollo y un movimiento centrífugo que no sólo debe resistírsele sino que, además, desde esa resistencia, crear lógicas nuevas de sobrevivencia. Se trata de una relación de dominación/subordinación que desde la reformulación de los Estados-naciones se mantiene al interior mismo de nuestros países, entre la ciudad capital y las provincias, en especial las que son puertos, no por ser las únicas que sufren el influjo y descuido capitalino, sino porque desde su condición estratégica que le brinda el mar, como entrada y salida al mundo, proponen modos de habitar el espacio, formas de atenuar la embestida capitalista, una modernidad alternativa, en fin, un modo que estará siempre subvirtiendo el modelo que directamente le quiere imponer la ciudad capital.

En este sentido, la hegemonía santiaguina sigue siendo un problema fundamental de la integración nacional. Pero se trata de un centralismo que involucra también a Valparaíso. No se puede hacer una distinción tajante entre capital y puerto, cuando los separan apenas unos kilómetros, aunque sí, y pese a eso, hay diferencias que marcan la historia y por ende las relaciones entre Santiago y Valparaíso. Mary Graham percibe esa diferencia haciendo notar detalles que separan ambos modos de vida. Un dato no menor es que recién al cuarto mes en Chile decide visitar la capital. El viaje demora tres días. Al llegar es recibida por la familia Pérez-Cotapos, en cuya casa aloja. Aquí narra el banquete, muy similar a cualquier cena chilena: abundantes platos, “aunque demasiado cargados al ajo y de aceite”⁷⁷. Un primer dato que no coincide plenamente con lo que narra del puerto: “A juzgar por lo que hoy he visto podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces, pero son muy parcos en la bebida”⁷⁸. Hay que precisar sí que donde come es en la mesa de esta familia, patriotas influyentes, amigos de los Carrera, etc. Situación que además se dio en familias de similar rango en Valparaíso. Pero da la impresión que en el puerto, el contacto con el mundo popular es más directo, y hasta inevitable, en cambio en la capital, para conocer a estas clases, hay que acudir a ellas. Graham lo hará, su trabajo exploratorio no lo abandona nunca. Aunque antes relata (con algún tedio) los hábitos de sus anfitriones. Después de la cena “todo pasó

más o menos como en una casa inglesa [...] los jóvenes se entretuvieron en danzar [...] la conversación general o particular, se hace sin ceremoniosa afectación y a media voz”⁷⁹. Luego comienza el baile, “un minué, que se parece, en verdad, al solemne y majestuoso minué que hemos visto en Europa. Es grave, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada [...] después se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas”⁸⁰. En fin, esa es la fiesta que recibe a la inglesa. Un remedo algo burdo de la moda parisina o londinense. Rasgo que no es casual. Se vuelve sobre el tópico de lo espurio, o de un cierto modelo reproductivo típico⁸¹.

Las diferencias y el mundo más real comienzan a darse en la calle, una vez que Mrs. Graham sale de la casa, una inmensa casa que describe detalladamente y tras la cual dice que “está amoblada con lujo, pero sin elegancia”⁸², lo que hay, todo bello y lujoso pero “no son precisamente los que hoy día se usan en París o en Londres; estuvieron allá de moda hace un siglo o poco más”⁸³. Síntoma claro de la reproducción. Un siglo desfasado. Mucha riqueza pero sin estilo, un estilo de lo que no tiene estilo⁸⁴. Porque pese al desfase temporal y al evidente mal gusto, y aquí la clave: “hacen un lucidísimo papel en esta apartada tierra del continente austral”⁸⁵.

En realidad, más allá de insistir en nimiedades, importa notar la diferencia que la viajera señala entre la tertulia y la chingana, dos espacios sociales que representan dos mundos disímiles, uno que sigue reproduciendo la moda europea, el otro que se comienza a constituir a partir de sus manifestaciones: el mundo de la cultura popular que definirá la identidad del tipo chileno. De la tertulia destaca la belleza de la mujer: “jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como aquí, en el día de hoy”⁸⁶. El modelo que resalta Graham es el de mujeres de ojos “azules o negros; hermosos dientes”⁸⁷ y un “sonrosado color de tez”⁸⁸. Bellas, “lindas criaturas dotadas de tantos atractivos” pero –se queja– con “una voz desapacible y áspera y observé cierta tumefacción en el cuello de algunas, lo que indica de que el bocio es frecuente en Chile”⁸⁹.

Sin proponérselo, los relatos de Mary Graham van aportando detalles que insisten entre el carácter espurio de la refinada sociedad capitalina. Poniendo a la mujer como figura metonímica, representa esa doble faceta entre la apariencia externa, estéticamente bella en cuanto se asimila al ideal europeo, y la reveladora verdad interior: ‘desapacible’ y ‘áspera’. Para ella lamentable, para nosotros, la admisión de una valiosa realidad. Identidad que esta sociedad pareciera no terminar nunca de hallar, contrario a las clases populares que en sus expresiones culturales van decantando el perfil identitario que mantendrán y con el cual conformarán la base de la sociedad chilena. En síntesis, el viaje de la inglesa a la capital de Chile no sirve tanto para ver qué tan popular es el santiaguino como para darse cuenta que, en efecto, las urbes capitales, como asentamientos de la cultura de elite, conforman un extraño modelo que resulta grotesco por imitativo, carente de originalidad, una modernidad epidérmica cuya alma se debatía entre el rancio aliento colonial y la farsa europeísta. En esta encrucijada de apariencias está Santiago, ya que sin mediar ha montado sobre la ciudad colonial la moda europea. Santiago, no teniendo puerto para orearse ha tenido que crecer sobre un vaho que es la mezcla entre el guano de caballo y la loción inglesa.

En tanto que el cambio vertiginoso de Valparaíso no le dio tiempo para que mantuviera por tanto tiempo los residuos coloniales. La brisa marina es sopro purificante. Aquí la modernización fue más acelerada y por lo mismo también fue un proceso más acorde a las transformaciones globales. Esto tuvo varias consecuencias directas. Lo que al cabo construyó la imagen de un Valparaíso

aventurero, vertiginoso, abierto. Pero también la de una ciudad dislocada, frente a los aterrados ojos de la elite, un conglomerado social heterogéneo y confuso. Grafica esto Sarmiento: “Este contraste de edificios tan píos y de gusto tan moderno, formando calles tan inmundas y descuidadas, me sugiere la idea de una perceptible imagen de la civilización europea y la rudeza inculta de nuestra América [...] Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan y sin forma, es un verdadero camarón echando patas y antenas en todas direcciones [...] Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente de las regulares y monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos la cruzan, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta, pero irresistible de la civilización y de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio”⁹⁰.

Dentro de toda esta vorágine urbana moderna está el germen de la cultura popular que nos ofrece la posibilidad de rescatar un habitar y con él construir la poética de la frontera que nos hemos propuesto. Como se ha dicho, no es una sociedad que se margina del proceso modernizador, antes al contrario, admite los influjos pero los resignifica. Les da otro valor con el que arma una cosmovisión otra, contrahegemónica, subversiva pero sobre todo propositiva, capaz de ofrecer formas de vida más humanizadoras. Esta es gente que vista desde los ojos imperiales, y a pesar de toda la carga negativa que puede acarrear una mirada como esta: prejuiciosa, lejana, correctiva, se va a mostrar siempre dispuesta a la vida. Posee una capacidad asombrosa de sobrevivencia, mantiene tácticas milenarias de relaciones sociales, desarrolla hábitos profundos de hermandad, y además no deja nunca el contacto con la modernidad. Se mantiene porque conoce el influjo y es popular porque no abandona jamás sus raíces. Se construye y se autoconstruye permanentemente. La suya es una identidad histórica y relacional, por tanto invulnerable e irreductible al más feroz de los intereses mercantilistas. Creemos que esto no es pintoresquismo ni un inocuo impulso folclórico que haya simpatías con las clases populares de los puertos. Es el develamiento de un universo que requiere ser conocido con entereza porque al visibilizarlo así se puede rescatar y en consecuencia preservar para reproducir, usar, como lo que es: un verdadero capital socio-cultural.

Además que no somos nosotros quienes primero hablamos de ellos; son los mismos capitalistas y exploradoras sociales del siglo XIX quienes nos los presentan. Son ellos los que en sus notas de viajes nos han puesto frente a los ojos a una sociedad que en sus formas grotescas, obscenas, hospitalarias, en fin, en su modo desenvuelto de habitar el puerto, esconden una verdadera cultura popular. “Valparaíso –dice Poeppig- se caracteriza muy en especial por su pobreza en atracciones, a la que se agregan su desaseo y miseria”⁹¹. A ello se le debe agregar sus “costumbres groseras e inmorales de todos los puertos del Pacífico [...] Todo lo cual hace comprensible que el goce sensual de la vida se encuentre entre ellos a la orden del día, exteriorizándose a veces de una manera un poco loca”⁹². Debe ser esta locura la que le permite avanzar y mantenerse así proponiendo una identidad alternativa al modelo hegemónico occidental. Una actitud vital con la que ha sido capaz de enfrentar los embates de todo tipo, desde la potente inmigración extranjera (no siempre armoniosa, a veces violenta), la pobreza, las catástrofes, terremotos, temporales, incendios, enfermedades. “En casos como estos, se despierta en el hombre

cierta propensión a ver bajo un aspecto cómico sus infortunios. Más de una vez me sorprendí durante el camino sonriéndome al descubrir no sé qué imaginarias semejanzas entre la vida y las escenas que me rodeaban [...]”⁹³. Hay un momento en que se juntan tres fenómenos: el terremoto, un incendio y el temporal de lluvia, con robos incluidos. Una fuerte lluvia, dice Graham, que “causó grandes perjuicios a los objetos que quedaron en la intemperie después del terremoto y que puso en estado miserable los infelices campamentos de los cerros”⁹⁴. Sin embargo, “el pueblo se alegra, porque cree que la lluvia extinguirá el fuego que causa los maremotos [...]”⁹⁵.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Augé, Marc. *Los “no lugares”. Espacios del Anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gesida, 1993).
- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1991).
- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación* (Madrid: Taurus, 1989).
- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal* (México: Siglo XXI, 1990).
- Bhabha, Homi. K. *El lugar de la cultura* (Buenos Aires: Manantial, 2011).
- Bethell, Leslie (ed). *Historia de América Latina. Vol. 2 América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII, XVIII* (Barcelona: Cambridge University Press y Crítica, 1990).
- Calderón, Alfonso y Marilis Schlotfeldt. *Memorial de Valparaíso* (Santiago: Ril, 2001).
- Carpentier, Alejo. *Tientos y diferencias* (Montevideo: Arca, 1967).
- Certeau de, Michel. *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 2000).
- Chandía, Marco. *La Cuadra, pasión, vino y se fue... Cultura popular, habitar y memoria histórica en el Barrio Puerto de Valparaíso* (Santiago: Ril, 2013).
- Chandía, Marco. “Cultura popular urbana-porteña y los aportes de Bajtín”. En: Manuel Jofré (ed). *Mijail Bajtín y la cultura* (Santiago: Ventana Abierta, 2009).
- Daniello, María Paula. “La imagen de Latinoamérica de la narrativa de viajes de Alexander von Humboldt (1799-1804)” *Revista Alborada Internacional* n° 3 (enero, 2011).
- Franco, Jean. “Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-28” *Escritura* n° 7 (año 4, 1979).
- Graham, Mary. *Diario de mi residencia en Chile en 1822* (Santiago: Antártica, 1992).
- Kohan, Martín. *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (Madrid: Trotta, 2007).
- Longeville Vowell, Richard. *Campañas y Cruceros en el Océano Pacífico* (Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1968).
- Mellet, Julian. *Viajes por el interior de la América Meridional (1808-1820)* (Santiago: Ed. del Pacífico, 1959).
- Núñez, Estuardo (comp). *Viajeros Hispanoamericanos (Temas Continentales)* (Caracas: Ayacucho, 1990).

O'Gorman, Edmundo. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Caracas: Ayacucho, 1978).

Pérez Rosales, Vicente. *Recuerdos del pasado* (Barcelona-Santiago: Ediciones B, 2007).

Poeppig, Eduard. *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (Santiago: Zig-Zag, 1960).

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997).

Romero, José Luis. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2001).

Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina* (México: Siglo XXI, 1987).

Subercaseaux, Bernardo. *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural* (Santiago: DOCUMENTAS, CENECA y CESOC, 1991).

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América. La cuestión del otro* (México: Siglo XXI, 2003).

Treutler, Paul. *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)* (Santiago: Ed. del Pacífico, 1958).

¹ Este trabajo es parte de los resultados del proyecto "El imaginario urbano, porteño y popular de la costa subpanameña, en Pacífico Sur último. Literatura, habitar y *poética de la frontera*". Investigación que estoy llevando a cabo en el postdoctorado en Teoría literaria y Literatura compara en la Universidad de São Paulo (2013-2015), y donde intento abordar toda la zona subpanameña, estando ya desarrolladas algunas, como ésta, la del puerto de Valparaíso, y que fue incluida en la tesis doctoral inédita ("Hacia una *poética de la frontera* urbana, porteña y popular. Imaginarios chileno-peruanos, de los *ojos imperiales* a *nuestra propia expresión*"), en literatura chilena e hispanoamericana por la Universidad de Chile (2012), pero donde trabajo sólo, como señalo, los casos de Perú y Chile. En este proyecto en elaboración incluyo la costa pacífico colombiana, algunos puntos del Ecuador y la Patagonia chilena, con la que terminaría configurando este vasto *espacio fronterizo*. Espacio de apertura y cierre. El puerto como espacio *intersticial*, un "entre-medio", entre el adentro y el afuera. H. K. Bhabha. *El lugar de la cultura* (Buenos Aires: Manantial, 2011), 18.

² El relato de viaje es el primero de los tres momentos escriturales, instancias discursivas con las que se configuraría esta *poética*. El segundo lo compone la literatura costumbrista y el tercero y principal, el proceso que se abre con las vanguardias y la creación literaria contemporánea. Siendo esta la primera impresión, resulta crucial para este propósito.

³ Leslie Bethell (ed). *Historia de América Latina. Vol. 2 América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII, XVIII* (Barcelona: Cambridge University Press y Crítica, 1990); Tzvetan Todorov. *La conquista de América. La cuestión del otro* (México: Siglo XXI, 2003); Edmundo O'Gorman. *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir* (México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

⁴ La reseña de la obra citada Estuardo Núñez (comp). *Viajeros Hispanoamericanos (Temas Continentales)* (Caracas: Ayacucho, 1990), X.

⁵ Núñez (1990), XI.

⁶ Núñez (1990), XIII.

⁷ El panorama es una *ficción* de viaje, transcurre en absoluta quietud, el cuerpo del viajero pareciera estarse quieto ya que son los paisajes, con todo su contenido, los que se mueven. Martín Kohan. *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (Madrid: Trotta, 2007), 13-16.

⁸ La referencia de Gastón Bachelard. *La poética del espacio* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1991), 33.

⁹ Respecto a la noción de "transculturación" en América Latina, Fernando Ortiz. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (Caracas: Ayacucho, 1978) y en el plano de los estudios culturales y literarios, Ángel Rama. *Transculturación narrativa en América Latina* (México: Siglo XXI, 1987).

¹⁰ Adjetivaciones indisociables para comprender el fenómeno propuesto. Urbano porque deja de ser ya el espacio rural y asume a su modo la lógica de la ciudad moderna; porteño ya que su desarrollo está estrechamente ligado al trabajo marítimo, la pesca pero sobre todo la estiba y desestiba que genera la modernización de los puertos a mediados del siglo XIX, y popular puesto que refrenda y promueve en su relación con el pasado la restitución del ciclo vital hombre-mundo, esto por medio de un cuerpo festivo que engulle, bebe, copula, obra, corea, nace y muere. En Mijail Bajtín. *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación* (Madrid: Taurus, 1989).

¹¹ Citado de Mary Graham. *Diario de mi residencia en Chile en 1822* (Santiago: Antártica, 1992), 11 y 48-49, respectivamente. Énfasis míos.

¹² Citado de Richard Longeville Vowell. *Campañas y Cruceros en el Océano Pacífico* (Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1968), 81-82. Énfasis míos.

¹³ Citado de Jean Franco. "Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-28" *Escritura* n° 7 (1979), 34.

¹⁴ Franco (1979), 37.

¹⁵ Franco (1979), 40-41. Subrayado suyo.

¹⁶ Las estrategias dominantes del sistema productor contarán siempre con elementos que jugarán en su contra, que no se reducen a ella: las tácticas. En Michél de Certeau. *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 2000), 26 y ss.

¹⁷ Mary Louise Pratt. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997), 198-205.

¹⁸ María Paula Daniello. "La imagen de Latinoamérica de la narrativa de viajes de Alexander von Humboldt (1799-1804)" *Revista Alborada Internacional* n° 3 (enero, 2011), 16.

¹⁹ Daniello (2011), 18.

²⁰ Daniello (2011), 19.

²¹ Pratt (1997), 215.

²² Daniello (2011), 20.

²³ Franco opone este rasgo a la mirada acuciosa del viajero. La observación "se convierte no sólo en la señal de una inteligencia superior, sino también en un atributo de mentalidad progresista". Franco (1979), 38.

²⁴ Pratt (1997), 230.

²⁵ Pratt (1997), 254.

²⁶ Pratt (1997), 197-252.

²⁷ Pratt (1997), 250.

²⁸ Citado de Paul Treutler. *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)* (Santiago: Ed. del Pacífico, 1958), 147.

²⁹ Pratt (1997), 250.

³⁰ Graham (1992), 33.

³¹ Pratt (1997), 272.

³² Pratt (1997), 278.

³³ Ver en Graham (1992), 71 y ss.

³⁴ Pratt (1997), 298.

³⁵ Pratt (1997), 300.

³⁶ En José Luis Romero. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2001), 173 y ss.

³⁷ Treutler (1958), 560-561.

³⁸ Vicente Pérez Rosales. *Recuerdos del pasado* (Barcelona-Santiago: Ediciones B, 2007), 45-46.

³⁹ El cuadro de Manet. *Impresión: sol naciente (1872-1873)*, resulta el caso egregio.

⁴⁰ Graham (1992), 3.

⁴¹ Azar que se confunde con el romanticismo que envuelve toda la historia. En efecto, el motivo principal del desembarco en Valparaíso es porque Thomas Graham muere en brazos de María, su esposa, al cruzar el Cabo de Hornos. Habiendo rechazado las proposiciones de seguir de largo para el debido entierro del comandante de la Real Marina Británica, opta por quedarse en Valparaíso "para recobrar sus fuerzas quebrantadas por el sufrimiento". Período que se prolongó por casi un año. Graham (1992), 100.

⁴² Graham (1992), 284.

⁴³ Graham (1992), 3.

⁴⁴ Alfonso Calderón y Marilis Schlotfeldt. *Memorial de Valparaíso* (Santiago: Ril, 2001), 59. Énfasis suyos.

⁴⁵ Eduard Poeppig. *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (Santiago: Zig-Zag, 1960), 65-66.

⁴⁶ Poeppig (1960), 51.

⁴⁷ Poeppig (1960), 65-78.

⁴⁸ Longeville Vowell (1968), 37-40. Énfasis suyo.

⁴⁹ Calderón y Schlotfeldt (2001), 199. Énfasis suyos.

⁵⁰ Calderón y Schlotfeldt (2001), 136. Subrayados suyos.

⁵¹ Es común creer que el nombre de la ciudad se deba a lo *paradisiaco* que pueda tener, en contraste con Santiago o ciudades interiores, cuando lo cierto es que el nombre deviene del homenaje que le dio Juan de Saavedra, su descubridor (1536), a su ciudad natal, Valparaíso, en Cuenca, España. De ahí, una equívoca pero comprensible comparación.

⁵² Calderón y Schlotfeldt (2001), 77-78.

⁵³ Poeppig (1960), 78.

⁵⁴ Calderón y Schlotfeldt (2001), 160.

⁵⁵ Calderón y Schlotfeldt (2001), 124-126.

⁵⁶ A propósito, la quebrada, como espacio social característico en Valparaíso, de todas maneras permite una reconstrucción simbólica, una suerte de *poética de la quebrada* que diera cuenta de ese modo de habitarlas, y que aquí se cruza con este habitar porteño. Ver, de Patricio Aeschlimann. *Valparaíso de la cintura hacia arriba* (Santiago: Ril, 2011). Crónicas que retratan la cotidianidad de quienes habitan este espacio ubicado sobre el camino Cintura, arteria que corta transversalmente parte de los cerros porteños. Dice en su presentación: “Este conjunto de crónicas nos recuerda que Valparaíso no sólo es una postal de escaleras y ascensores. Existe otro Valparaíso, uno que no se difunde, pero que porfiadamente existe. Un Valparaíso que existe en los cerros y las quebradas de la ciudad puerto...”.

⁵⁷ Calderón y Schlotfeldt (2001), 199.

⁵⁸ Calderón y Schlotfeldt (2001), 200.

⁵⁹ Calderón y Schlotfeldt (2001), 80-81.

⁶⁰ Calderón y Schlotfeldt (2001), 133.

⁶¹ Poeppig (1960), 69.

⁶² Calderón y Schlotfeldt (2001), 242.

⁶³ Graham (1992), 18-24.

⁶⁴ Pratt (1997), 235.

⁶⁵ Poeppig (1960), 88.

⁶⁶ Graham (1992), 45.

⁶⁷ Calderón y Schlotfeldt (2001), 77-79.

⁶⁸ Calderón y Schlotfeldt (2001), 126.

⁶⁹ Calderón y Schlotfeldt (2001), 201-208. Si retomamos las figuras centrales que definen el mundo popular desde la lógica con que Bajtín estudia las ideas de *primitiva vecindad* (Bajtín, 1989: 237-238) y *carnaval*, en que, sabemos, predomina el restablecimiento integral del cuerpo humano, por donde se manifiesta y construye una identidad forjada en la materialidad grotesca de la carne. M. Bajtín. *Estética de la creación verbal* (México: Siglo XXI, 1990), 355 y ss., hallaremos sentido a estas imágenes que emanan de las descripciones que los extranjeros hacen de las costumbres y comportamientos de esta sociedad porteña. En general, las visiones se centran en expresiones del cuerpo referidas al amor, a la fiesta y al banquete. Todo, por cierto, en un estado anímico exaltado, grotesco, notoriamente más apasionado que racional. Lo que se describe es un cuerpo desenfrenado e incontinente que desde el razonamiento lógico occidental es el reflejo directo de un retraso cultural, en tanto que desde un paradigma, digamos, bajtiniano, no es más que una forma *otra* como una sociedad se autodefine no sólo cuestionando el monologismo eurocéntrico sino también, y más importante, proponiendo una cosmovisión alternativa que promueve a partir del cuerpo relaciones más libres, desjerarquizadas, horizontales, comunitarias y afectivas. M. Chandía. *La Cuadra, pasión, vino y se fue... Cultura popular, habitar y memoria histórica en el Barrio Puerto de Valparaíso* (Santiago: Ril, 2013), 215-259.

⁷⁰ Graham (1992), 38.

⁷¹ Poeppig (1960), 107-111.

⁷² De Certeau (2000), 122-142 y Marc Augé. *Los “no lugares”. Espacios del Anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (Barcelona: Gesida, 1993), 81 y ss.

⁷³ Julian Mellet. *Viajes por el interior de la América Meridional (1808-1820)* (Santiago: Ed. del Pacífico, 1959), 82.

⁷⁴ La comida que conoce Graham son “Las carnes de buey, de cordero y de chancho [...] todas excelentes, pero el burdo método de cortarlas ofende la vista y el gusto de un inglés”. Otra comida que destaca es el charquicán. “Consiste el charquicán en carne fresca de buey muy hervida, pedazos de charqui o carne seca de buey, rebanadas de lengua seca,

y tomates, calabazas, papas, y otras legumbres cocidas en la misma fuente. La dueña de casa comenzó inmediatamente a comer en la fuente con los dedos, invitándonos a que hiciéramos lo mismo [...]”. Graham (1992), 25 y 58, respectivamente.

⁷⁵ Graham (1992), 60-69.

⁷⁶ Mellet (1959), 80-81. Énfasis suyo.

⁷⁷ Graham (1992), 105.

⁷⁸ Graham (1992), 106.

⁷⁹ Graham (1992), 107.

⁸⁰ Graham (1992), 108.

⁸¹ Bernardo Subercaseaux. *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural* (Santiago: DOCUMENTAS, CENECA y CESOC, 1991), 221-223.

⁸² Graham (1992), 108.

⁸³ Graham (1992), 109.

⁸⁴ Alejo Carpentier. *Tientos y diferencias* (Montevideo: Arca, 1967), 13-17.

⁸⁵ Graham (1992), 109.

⁸⁶ Graham (1992), 109.

⁸⁷ Graham (1992), 111.

⁸⁸ Graham (1992), 112.

⁸⁹ Graham (1992), 112.

⁹⁰ Calderón y Schlotfeldt (2001), 172-173.

⁹¹ Poeppig (1960), 85.

⁹² Poeppig (1960), 86-88.

⁹³ Graham (1992), 275-276.

⁹⁴ Graham (1992), 256.

⁹⁵ Graham (1992), 257.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La reproducción parcial de este artículo se encuentra autorizada y la reproducción total debe hacerse con permiso de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

Los artículo publicado en *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* se encuentran bajo licencia Creative Commons CC BY-NC 4.0.

